CIUD-RA 239-2 (2026) 379-396

Vida social, paz y concordia en san Agustín

RESUMEN

Que el hombre es un ser social y tiene vida social es algo evidente, por lo cual es necesario encontrar los cauces adecuados para lograr esta vida social satisfactoria. Agustín nos da pautas para poder hacerlo desde la paz y la concordia. Dado que la paz determina la felicidad del hombre y es un verdadero anhelo del ser humano. En la obra de Agustín se responde a la hipotética pregunta cómo ser cristiano y a la vez pertenecer a una comunidad y a un orden político. Es el término orden el que explica mucho de la vida comunitaria. La paz lleva a la concordia, pero no se trata de una paz deficiente que nace de una concordia pactada, y es que la verdadera concordia tiene que ser teológica, si así podemos llamarla, fruto de la justicia, es decir, del recto y ordenado obrar, donde cada cosa ocupa su puesto en un todo referido a Dios. Por esta concepción religiosa, la paz tiene una ordenación subordinada, la paz del cuerpo, del alma, del hombre, doméstica, política, jurídica, religiosa, universal… (Cfr. La ciudad de Dios 19, 12ss).

PALABRAS CLAVE: Vida social, Paz, Concordia, Justicia, Orden político, Ciudad de Dios.

ABSTRACT

That man is a social being and has a social life is something evident; therefore, it is necessary to find the appropriate means to achieve a satisfactory social life. Augustine of Hippo gives us guidelines for doing so from the standpoint of peace and concord, since peace determines human happiness and is a true longing of the human being.

In Augustine's work, a response is given to the hypothetical question of how to be a Christian and at the same time belong to a community and to a political order. It is the term *order* that explains much of communal life. Peace leads to concord, yet this is not a deficient peace born of a negotiated concord; rather, true concord must be theological, if we may call it so, the fruit of justice–that is, of right and ordered action–in which each thing occupies its proper place within a whole referred to God. From this religious conception,

peace has a subordinated ordering: the peace of the body, of the soul, of man, domestic peace, political peace, juridical peace, religious peace, universal peace… (cf. The City of God 19, 12ff.).

KEYWORDS: Social life, Peace, Harmony, Justice, Political order, City of God.

1. PAZ, ORDEN Y JUSTICIA

Para Agustín no puede existir pueblo sin remitirse a la justicia y en concreto a una justicia dependiente de Dios: "Conclusión, pues: cuando falta la justicia de que hemos hablado, en virtud de la cual el único y supremo Dios, según la ley de su gracia, da órdenes a la ciudad que le obedece de no ofrecer sacrificios más que a Él solo, y como consecuencia que en todos los hombres, miembros de esta ciudad y obedientes a Dios, el alma sea fiel dueña del cuerpo, y la razón de los vicios, según un orden legítimo; y que lo mismo que un solo justo, así también una comunidad y un pueblo de justos vivan de la fe, fe que se pone en práctica por el amor, un amor por el que el hombre ama a Dios, como debe ser amado, y al prójimo como a sí mismo; cuando, pues, falta esta justicia no hay una comunidad de hombres asociados por la adopción en común acuerdo de un derecho y una comunión de intereses. Si esto falta –dando como verdadera la anterior definición de pueblo–, ciertamente no existe un pueblo. Y, por tanto, ni tampoco Estado *(res publica),* ya que no hay empresa común del pueblo donde no hay pueblo" (La ciudad de Dios 19, 23).

Justicia y paz dependen del cumplimiento del orden divino y la clave de este orden, como bien sabemos, es la ley eterna: "la ley eterna es la razón o voluntad divina que manda conservar el orden natural y prohíbe alterarlo" (Replica a Fausto 22, 27). Se trata de ser virtuosos y practicar la virtud: "Pero solamente existe verdadera virtud cuando, junto con todos los bienes de que ella hace recto uso y los actos realizados en el recto uso de bienes y males, sabe referirse a sí misma hacia aquel fin donde disfrutaremos de una tal paz, que mejor y más profunda no será posible" (La ciudad de Dios 19, 10). La paz es el orden, porque conviene que lo inferior esté sometido a lo superior: "Conviene que el inferior se someta al superior, para que también el que quiere que le esté sometido lo inferior se someta a lo superior.

Reconoce el orden, busca la paz. Tú a Dios, la carne a ti" (Comentario al salmo 143, 6).

La paz es un concepto fundamental en el pensamiento de Agustín y es central en nuestra vida que aspira a la felicidad que se consigue con la paz, que se convierte así en bien supremo: "Después de lo dicho podemos concluir que nuestros supremos bienes consisten en la paz, de igual modo que lo habíamos afirmado de la vida eterna... Por sus fronteras debemos entender aquí esa paz suprema que ahora intentamos explicar...; he ahí por qué el fin de esta ciudad, en el que consistirá el bien supremo, lo debemos llamar «la paz de la vida eterna», o bien «la vida eterna en paz». Así será más fácil su comprensión para todos. Tan estimable es la paz, que incluso en las realidades terrenas y transitorias normalmente nada suena con un nombre más deleitoso, nada atrae con fuerza más irresistible; nada, en fin, mejor se puede descubrir. Voy a hablar con cierto detenimiento de este tesoro que es la paz. Estoy seguro de que no me haré pesado a los lectores: lo pide el fin de esta ciudad de la que estamos tratando; lo pide aquello mismo que a todos nos es tan grato: la propia dulcedumbre de la paz" (La ciudad de Dios 19, 11).

La verdadera paz ha de definirse por el orden y el orden por la justicia, por lo cual donde hay perfecta justicia habrá perfecta paz: "Todas las cosas, hermanos míos, luchan ahora contra nosotros; aún no se da la completa y perfecta paz. El haber clamado al ser nombrada la paz, dimanó del deseo; vuestro clamor procedió de sed, no de hartura, porque habrá paz en donde haya justicia perfecta. Y ahora tenemos hambre y sed de justicia" (Comentario al salmo 147, 20). Tanto la paz individual como la paz social tienen que ver y se entienden desde el orden, porque no terminan en el individuo. El ser humano, además de individuo, es miembro de diversas comunidades humanas. Se le pide equilibrio interior y caminar con otros, mirar hacia arriba y unirse con sus semejantes: "De hecho, esta realidad sin aquella esperanza es una engañosa felicidad y una gran desventura: no ofrece al alma los verdaderos bienes, puesto que ella no es la sabiduría auténtica, que sabe elegir con prudencia, realizar con fortaleza, regular con templanza y distribuir con justicia. Le falta estar ordenada hacia aquel fin donde Dios lo será todo para todos en una eternidad segura y en una paz perfecta" (La ciudad de Dios 19, 20).

Esta paz es más don de Dios que realización nuestra: "Y cuando triunfan los que luchaban por causa más justa, ¿quién puede dudar en dar el parabién por la victoria y haber llegado a la paz deseable? Bienes son éstos y dones, sin duda, de Dios. Pero si se menosprecian los otros mejores, que pertenecen a la ciudad celeste, morada de la victoria segura, en eterna y suprema paz" (La ciudad de Dios 15, 4). Este don tenemos que hacerlo nuestro y amarlo: "Ama la paz, ten la paz, posee la paz, conquista a cuantos puedas para que posean la paz; será tanto más espaciosa cuantos más sean los posesores. Una casa terrena no admite muchos moradores: la posesión de la paz crece con el multiplicarse de los mismos. ¡Qué gran bien es amar la paz! Es decir, poseerla" (Sermón 357, 1-2). Esta paz exige armonía interna y externa, es decir, nos exige progresar paulatinamente hasta llegar a la paz celeste para poder gozar de Dios (Cfr. La ciudad de Dios 19, 13, 1). Será desde la paz interna como se conquista la concordia y se busca la paz social en relación con los otros.

En este mismo tono encontramos en Agustín algunas intuiciones que merece la pena que nos paremos y pongamos de relieve, me refiero a las formas de las vidas comunes que se encuentran articuladas y distribuidas según niveles de expresión creciente, elevándose hasta el cielo: "Mirada desde ellos, la presente vida feliz es también vida en sociedad cuando se busca el bien de los amigos por el bien mismo, como si fuera propio, queriendo para los amigos lo mismo que se quiere para sí. Esta vida puede ser bajo el mismo techo, como los esposos, los hijos y quienes con ellos conviven; o también en un lugar determinado donde esté su casa, como, por ejemplo, la ciudad y los que se llaman ciudadanos; o puede ser en todo el orbe, como ocurre con las naciones, a quienes liga la sociabilidad entre sí; y también puede ser en el universo entero, lo que entendemos por cielo y tierra, como son –dicen ellos– los dioses, a quienes se complacen en hacerlos amigos del hombre sabio, y a quienes nosotros más comúnmente llamamos ángeles" (La ciudad de Dios 19, 3, 2). Todas estas formas hemos de reconocerlas como dimensiones humanas y en el ámbito del bien y del mal [1].

---

[1] Cfr. AGOSTINO. Il libro della pace. La città di Dio, XIX, a cura di Luigi Alici, ELS LA SCOLA, p. 68. En estas páginas soy deudor de esta introducción de Luigi Alici, que en muchos momentos me ha servido de guía.

El anhelo de paz es natural y permanente en la reflexión del ser humano, tanto en tiempos de concordia como en tiempos de conflictos. Este es el mayor de los deseos. La paz es uno de los mayores bienes para la vida temporal y para la eterna (cfr. La ciudad de Dios 19, 13), aunque solo habrá paz definitiva en la vida eterna. Porque la terrena siempre será un bien dudoso, aunque esté unida con la otra. Incluso, así parece insinuarlo Agustín, la paz terrena es un medio para conseguir la eterna. Se trata de la paz como ausencia de conflictos y disensiones, la tranquilidad del orden. La paz entre los hombres es propiamente la unidad de corazones, la concordia, que tiene su raíz en el amor de amistad y llega a su perfección cuando este amor está bien ordenado y se tiene lo que se desea: "La voz de Cristo, sin duda, como la voz de Dios, es paz e invita a la paz. ¡Adelante, pues!, dice; los que todavía no estáis en paz, amad la paz. ¿Qué cosa mejor podréis hallan en mí, que la paz? ¿Y qué es la paz? La ausencia total de la guerra. ¿Y qué se entiende por esto? Una vida donde no hay contradicción alguna, donde no hay resistencia, donde nada es adverso" (Comentario al salmo 84, 10).

Aunque Agustín siempre anheló una vida tranquila de contemplación, sus escritos pueden iluminar el camino de todos los que viven en la lucha por la paz y la concordia de los ciudadanos[2]. La paz es la concordia entre los hombres, de hecho, cuando Agustín la quiere definir hace referencia constante a la concordia (cfr. La ciudad de Dios 19, 13, 1). El término de las aspiraciones del hombre, personal e históricamente, es la paz, que es fruto del bien y definición de la felicidad: "La paz de esta felicidad, o la felicidad de esta paz, constituirá el supremo bien" (La ciudad de Dios 19, 27). El mundo, está claro, es concierto universal y se rige por una ley eterna: "La paz es, pues, Cristo" (Sermón 25, 7).

---

[2] "Es pertinente, entonces, preguntarse: ¿cómo vive el cristiano que tiene puestos su mente y su corazón en el reino que ama, pero que, como peregrino en la tierra, vive en el mundo de los hombres y tiene que participar en las dinámicas que le son propias?" SANCHEZ BARBOSA, Diana M., República y concordia. Política y paz en Agustín de Hipona, en Análisis, 89, pp. 341-355, p. 347. Este artículo ha ayudado en muchas de estas páginas.

2. El orden social y político

El ser humano es un ser social y siempre estará en tensión para vivir con los demás en concordia y conservando la paz: "El sabio –afirman todos estos filósofos–debe vivir en sociedad. Esta afirmación la suscribimos nosotros con mucha más fuerza que ellos. En efecto, ¿de dónde tomaría su origen, cómo iría desarrollándose y de qué manera conseguiría el fin que se merece esta ciudad de Dios –sobre la que trata esta obra y cuyo libro diecinueve tenemos entre manos– si la vida de los santos no fuese una vida en sociedad? Con todo, ¿quién será capaz de enumerar cuántos y cuán graves son los males de la sociedad humana, sumida en la desdicha de esta vida mortal? ¿Quién podrá calibrarlos suficientemente?" (La ciudad de Dios 19, 5). Esto significa que para el hombre la sociedad es esencial, vivir con otros y ser sociable y convivir es el mejor de los ejercicios para ser uno mismo. Comprendernos en nuestro ser social tiene importancia radical para nosotros, porque implica encuadrar la vida en una ciudad y tiene que ver con la ciudadanía, con la colectividad de seres humanos que han de vivir en comunión.

Dado que estamos hablando de la vida social, hemos de remitirnos a la realidad del pueblo que tiene su fundamento en el amor común de bienes idénticos: "Pero si la realidad «pueblo» la definimos de otra manera, por ejemplo: «Es el conjunto multitudinario de seres racionales asociados en virtud de una participación concorde en unos intereses comunes», entonces, lógicamente, para saber qué clase de pueblo es debemos mirar qué intereses tiene. No obstante, sean cualesquiera sus intereses, si se trata de un conjunto no de bestias, sino de seres racionales, y está asociado en virtud de la participación armoniosa de los bienes que le interesan, se puede llamar pueblo con todo derecho. Y se tratará de un pueblo tanto mejor cuanto su concordia sea sobre intereses más nobles, y tanto peor cuanto más bajos sean éstos" (La ciudad de Dios 19, 24). Un pueblo se constituye cuando en él existe la concordia de las razones y de los corazones que une a las personas, es decir, un pueblo no se constituye en cuanto tal a no ser que esté unido por la concordia, es decir, cuando no se trata tanto de lo jurídico cuanto de lo comunitario o vital y se pone el acento en el amor, como fuente de la concordia y de la unión. De todas las mane-

ras el ser humano tiene que asumir el compromiso social y la responsabilidad política, para poder ejercitarse en la virtud de la justicia y desarrollarse en la concordia, haciendo posible la paz terrena.

Es Dios mismos el que otorga al hombre que la vida social con los hermanos sea adecuada: "Dios, el autor sapientísimo, y el justísimo regulador de todo ser, ha puesto a este mortal género humano como el más bello ornato de toda la Tierra. Él ha otorgado al hombre determinados bienes apropiados para esta vida: la paz temporal a la medida de la vida mortal en su mismo bienestar y seguridad, así como en la vida social con sus semejantes, y, además, todo aquello que es necesario para la protección o la recuperación de esta paz, como es todo lo que de una manera adecuada y conveniente está al alcance de nuestros sentidos: la luz, la oscuridad, el aire puro, las aguas limpias y cuanto nos sirve para alimentar, cubrir, cuidar y adornar nuestro cuerpo" (La ciudad de Dios 19, 13, 2)

Una de las formas de vida social es el orden político y tiene su valor, entendido en su sentido histórico e institucional, ya que con él se forma un pueblo de ciudadanos que viven en paz. Desde aquí se entiende que la paz es una virtud de relación, en el sentido que no hay paz sin los otros, sin lo social, aunque hablemos a veces de la paz interior, es la paz con nosotros mismos, como si nos estuviésemos desdoblando. La paz es como una obligación entre los otros y la discordia frente a otros: "Tened la paz, hermanos. Si queréis atraer a los demás hacia ella, sed los primeros en poseerla y retenerla. Arda en vosotros lo que poseéis para encender a los demás… El enfermo de ojos odia la luz, no obstante que el ojo fue creado para la luz. Quienes aman la paz quieren que otros la posean con ellos, y se entregan a la tarea de aumentar los posesores para que aumente la posesión. Esfuércense, pues, por curar los ojos de los enfermos por cualquier medio, de cualquier forma. Se le cura contra su voluntad; mientras dura la cura, no la quiere; mas, cuando vea la luz, se deleitará. Imagínate que se enfada; tú no te canses de insistirle. Amante de la paz: mira y deléitate tú primero en la hermosura de tu amada y hazte llama para atraer al otro. Vea él lo que ves tú, ame lo que tú amas y posea lo que tú posees" (Sermón 357, 3). Agustín siempre nos invita a que "amemos la unidad y temamos la separación" (Comentario a Juan 27, 6). Solo del compromiso con los otros, de la concordia podemos ver nacer la paz: "Reina,

pues, la paz en las Escrituras y todo está en orden, de ningún modo en pugna. Destierra tú de tu corazón la disputa, entiende la concordia de las Escrituras" (Comentario a Juan 19, 7).

El orden político debe ser respetado dado que tiene su razón de ser al tener un valor relacional, aunque imperfecto y su autonomía no sea tan real como parece, es decir, tiene siempre un valor relativo. De todas las maneras hemos de reconocer que nos estamos moviendo en torno a un valor, o de un bien que hemos de usar correctamente, ya que "el pecado, pues, consiste en usar mal del bien" (La naturaleza del bien 36). Agustín es consciente del valor de la concordia civil, de hecho, dice: "Luego el interés común es interés de la ciudad. ¿Y qué es la ciudad sino una muchedumbre reunida por el vínculo de la concordia? En esos autores se lee así: «Una multitud dispersa y vagabunda se convirtió, en breve, por la concordia, en una ciudad». ¿Y qué preceptos de concordia pensaron jamás que se debían leer en sus templos? Por lo contrario, en su miseria se veían obligados a inventarse un medio para poder honrar sin ofensa de nadie a sus dioses, discordes entre sí. Si hubiesen osado imitar a sus dioses en la discordia, la ciudad se hubiese desmoronado al romperse el vínculo de la concordia: es lo que luego empezó a acaecer con las guerras civiles, al desmoralizarse y corromperse las costumbres" (Epístola 138, 2, 10). Es evidente la importancia de la concordia incluso en los campos más sencillos.

3. La gran apuesta de la concordia

Mientras que los animales salvajes pueden vivir solos o en rebaño, no sucede así con el hombre, que desde el origen es sociable, en su misma creación está inscrita una vocación participativa, protegida con el vínculo de la concordia y sustentada en la unión de parentela, por decirlo así: "Echemos una ojeada a los animales: a unos los creó solitarios, digamos huidizos, porque prefieren estar solos, como son el águila, el milano, el león, el lobo, etc.; y a otros gregarios, que viven en manada, o en rebaño, como las palomas, los estorninos, los ciervos, los gamos, etc. En ambas clases de animales, Dios no ha determinado su propagación a partir de un solo individuo, sino de varios a la vez. En cambio, al hombre lo dotó de una naturaleza en cierto

modo intermedia entre los ángeles y las bestias: si se mantenía fiel a los mandatos de su Creador, y sometido a Él como a su dueño verdadero, en religiosa obediencia, llegaría a alcanzar la compañía de los ángeles... Dios lo creó solo, naturalmente, no para dejarlo solitario, sin la compañía humana, sino para poner más de relieve a sus ojos el vínculo de unidad y concordia que debe tener esta sociedad, estando los humanos entre sí ligados no sólo por la identidad de naturaleza, sino por vínculos afectivos de parentesco. Ni siquiera a la mujer, destinada a unirse con el varón, la quiso crear como a él, sino formándola de él, para que todo el género humano se propagase de un único hombre" (La ciudad de Dios 12, 21).

La concordia nace del amor a las mismas cosas y el orden es orden en el amor: "Lo mismo ocurre con toda criatura: siendo buena, puede ser amada con buen o con mal amor: con el bueno si se ama debidamente; con el malo si con desorden... El mismo amor que nos hace amar bien lo que debe ser amado, debe ser amado también ordenadamente, a fin de que podamos tener la virtud por la que se vive bien. Por eso me parece una definición breve y verdadera de la virtud: el orden del amor" (La ciudad de Dios 15, 22). Con esto se nos está diciendo que no todo amor está justificado, sino solo el amor ordenado y "el orden es el que, guardándolo, nos lleva a Dios; y si no lo guardamos en la vida, no lograremos elevarnos hasta Él" (El orden 1, 9, 27). Esto significa que solo en función de Dios es unitario lo existente y las leyes se remiten a la ley eterna, que "siendo ésta la ley única, de la cual se originan, diversificándose, todas aquellas temporales para el gobierno de los hombres, ¿puede ella acaso por esto variar de algún modo? Entiendo que en absoluto, ya que ninguna fuerza, ningún acontecimiento, ningún fallo de cosa alguna llegará nunca a convertir en injusto el que todas las cosas estén perfectamente ordenadas" (El libre albedrío 1, 6, 15).

Cuando Dios es el que ha ordenado todo, el todo está vinculado con la unidad, de tal manera que la unidad del orden es la causa de la unificación de lo ordenado y estamos ya en el reino del sosiego interno conquistado: "Reconoce el orden, busca la paz. Tú a Dios, la carne a ti. ¿Qué cosa más justa, qué cosa más bella? Tú al Mayor, a ti el menor. Obedece tú a Aquel que te hizo para que te obedezca a ti lo que fue hecho por causa tuya, pues no hemos conocido ni hemos reco-

mendado este orden: a ti la carne, y tú a Dios; sino tú obedece a Dios, y la carne a ti. Si tú desprecias a Dios, nunca conseguirás que la carne te esté sometida. Si no obedeces al Señor, te atormentarán los siervos" (Comentario al salmo 143, 6). El hombre tiene que hacer su tarea, ha de esforzarse por descubrir qué bien hay superior al hombre y caminar en orden y por la bondad, sabiendo que si quieres encontrarte con la paz has de practicar la justicia (Cfr. Comentario al salmo 84, 12). Así y solo así serás pacífico: "La perfección está en la paz, donde no hay oposición alguna; y, por tanto, son hijos de Dios los pacíficos, porque nada en ellos resiste a Dios; pues, en verdad, los hijos deben tener la semejanza del Padre. Son hacedores de paz en ellos mismos los que, ordenando y sometiendo toda la actividad del alma a la razón, es decir a la mente y a la conciencia, y dominando todos los impulsos sensuales, llegan a ser Reino de Dios, en el cual de tal forma están todas las cosas ordenadas, que aquello que es más principal y excelso en el hombre, mande sobre cualquier otro impulso común a hombres y animales" (Sermón de la montaña 1, 2, 9). Parece claro que para comprender el desarrollo de la sociedad hay que encontrar la relación armoniosa entre amor, justicia, orden y paz.

El orden que ajusta a las almas al módulo del bien, de la verdad, es un ordo amoris "Ahora bien, el Creador, si de verdad es amado, es decir, si es amado Él mismo, no otra cosa en su lugar que no sea Él, no puede ser mal amado…, debe ser amado también ordenadamente, a fin de que podamos tener la virtud por la que se vive bien" (La ciudad de Dios 15, 22). En la mente de Agustín se fragua el interés de que el hombre logre la concordia con el creador sabiéndose criatura, así se logra un estado donde Dios gobierna con justicia y el hombre se realiza en el amor a Dios y a sus hermanos. La paz agustiniana de alguna manera obliga a mirar hacia arriba, donde está el sosiego ordenado y la absoluta concordia: "Pero todo ello con una condición justísima: que todo el mortal que haga recto uso de tales bienes, de acuerdo con la paz de los mortales, recibirá bienes más abundantes y mejores, a saber: la paz misma de la inmortalidad, con una gloria y un honor de acuerdo con ella en la vida eterna con el fin de gozar de Dios y del prójimo en Dios. En cambio, el que abuse de tales bienes no recibirá aquéllos, y éstos los perderá" (La ciudad de Dios 19, 13, 2).

Es la concordia la que trasforma una multitud sin orden ni concierto en pueblo y la que institucionaliza la vida social, garantizada por normas. Así lo que tiene que ver con la ley y la paz, aunque solo sea temporal, tiene un valor con relación a conquistar orden en la ciudad terrena. La paz con los otros hombres es una ordenada concordia y la paz y la justicia son acercamientos al bien en distintos grados, hasta el sumo que es la eternidad: "Pero esa otra paz peculiar nuestra la tenemos ya aquí al lado de Dios por la fe, y en la eternidad la tendremos a su lado por visión directa. Bien es verdad que tanto la paz común a unos y otros, como la nuestra propia, podemos considerarla más bien como un alivio de nuestra desgracia que como un disfrute de la felicidad. De hecho, nuestra misma santificación, aunque sea verdadera porque dice relación al último y verdadero bien, sin embargo, es tan limitada en esta vida que más bien consiste en la remisión de los pecados que en la perfección de las virtudes… En esta vida, por tanto, la santidad de cada uno consiste en que el hombre esté sometido a Dios con docilidad, el cuerpo lo esté al alma y las inclinaciones viciosas a la razón, incluso cuando éstas se rebelan, sea sometiéndolas, sea oponiéndoles resistencia; consiste, además, en pedirle al mismo Dios la gracia para hacer méritos, el perdón de las faltas, así como en darle gracias por los bienes recibidos. Pero en aquella paz final, hacia donde debe tender y por la que hay que conseguir esta santidad, nuestra naturaleza, recuperada su integridad por la inmortalidad y la incorrupción, no tendrá inclinaciones viciosas; nada se enfrentará contra nadie, ni por parte de sí mismo ni de algún otro; y no será necesario que la razón tenga sometida bajo su control a las inclinaciones viciosas –que habrán ya desaparecido–. Dios mandará al hombre, el alma al cuerpo, y al obedecer, será tanta la suavidad y la facilidad cuanta será la felicidad en el gozo de vivir y de reinar. Y todo esto será eterno en todos y cada uno, y habrá certeza de su eternidad" (La ciudad de Dios 19, 27).

La paz personal es la seguridad de la mente, la tranquilidad del alma, la simplicidad del corazón, es decir, es trasparencia interior y contra esta paz que es seguridad, tranquilidad y simplicidad, luchan los poderes que perturban la existencia: "Dentro de vosotros queda una batalla. No hay que temer a ningún enemigo exterior: véncete a ti, y el mundo está vencido" (Sermón 57, 9).

Podemos comprobar que la concordia es la relación ordenada y en paz de las personas y los pueblos, es la vida armónica. Se trata de la base del orden social, de la categoría relacional elemental de las relaciones sociales, es decir, para Agustín la concordia tiene que ver y está relacionada con la naturaleza de las relaciones humanas, que son las que amalgaman el entramado social. Esta concordia generadora de unidad, aglutina la diversidad de los distintos, respetando y potenciando la naturaleza de cada uno y se convierte en la fuente de relaciones interpersonales.

El individualismo, el amor a sí mismo, en la terminología agustiniana, es la forma antisocial por excelencia, es un principio de desintegración interna en todas las formas de relación, tanto a nivel doméstico como civil, planetario y cósmico, es decir, en todos los niveles de la vida social. En el aspecto doméstico, a nivel de la familia, la concordia ordenada es un bien incierto y a veces conflictivo o poco seguro: "El sabio –afirman todos estos filósofos– debe vivir en sociedad. Esta afirmación la suscribimos nosotros con mucha más fuerza que ellos. En efecto, ¿de dónde tomaría su origen, cómo iría desarrollándose y de qué manera conseguiría el fin que se merece esta ciudad de Dios –sobre la que trata esta obra y cuyo libro diecinueve tenemos entre manos– si la vida de los santos no fuese una vida en sociedad? Con todo, ¿quién será capaz de enumerar cuántos y cuán graves son los males de la sociedad humana, sumida en la desdicha de esta vida mortal?... Si el propio hogar, refugio universal en medio de todos estos males del humano linaje, no ofrece seguridad, ¿qué será la sociedad estatal, que cuanto más ensancha sus dominios, tanto más rebosan sus tribunales de pleitos civiles o criminales, y que aunque a veces cesen las insurrecciones y las guerras civiles, con sus turbulencias y –más frecuentemente aún– con su sangre, de cuyas eventualidades pueden verse libres de vez en cuando las ciudades, pero de su peligro jamás?" (La ciudad de Dios 19, 5).

Si no es seguro ni el propio hogar, cómo ha de serlo la ciudad con todos los conflictos y guerras internas que existen en ella, parece lógico poner en tela de juicio también la paz en la ciudad, así lo hace Agustín: "¿Qué diremos de las sentencias emitidas por los hombres sobre los hombres que no pueden faltar en la vida ciudadana, por muy en paz que transcurra? ¿Qué idea nos hacemos de ellas? ¡Qué tristes,

qué deplorables son! Emiten veredictos quienes no son capaces de ver la conciencia de los sometidos a juicio. Y, como consecuencia, para averiguar la verdad más de una vez se ven en la necesidad de someter a tortura a testigos inocentes en una causa que nada les concierne" (La ciudad de Dios 19, 6).

Si miramos el tercer nivel de la vida social, a la tierra entera, no es menor la confusión cuando queremos evitar los mayores males que afligen la convivencia sobre la tierra: "Después de la ciudad, de la urbe, viene el orbe de la tierra, el llamado tercer grado de la sociedad humana: el hogar, la urbe y el orbe, en una progresión ascendente. Aquí ocurre como con las aguas: cuanto más abundantes, tanto más peligrosas. Tenemos en primer lugar la diversidad de lenguas, causa de distanciamiento de un hombre con otro hombre. Imaginemos, por ejemplo, a dos hombres, ignorantes cada uno de la lengua del otro, que se encuentran y no pasan de largo, sino que deben permanecer juntos por alguna razón: con más facilidad convivirían dos animales, mudos como son, de especies diferentes, que estos dos hombres. Al no poderse comunicar sus sentimientos, debido a la sola diversidad de idioma, de nada les sirve a estos hombres ser tan semejantes por naturaleza. Hasta tal punto esto es así, que más a gusto está un hombre con su perro que con otro hombre extranjero… Esta injusticia es la que el hombre debe deplorar por ser injusticia del hombre, aunque no diera origen necesariamente a una guerra. Males como éstos, tan enormes, tan horrendos, tan salvajes, cualquiera que los considere con dolor debe reconocer que son una desgracia. Pero el que llegue a sufrirlos o pensarlos sin sentir dolor en su alma, y siga creyéndose feliz, está en una desgracia mucho mayor: ha perdido hasta el sentimiento humano" (La ciudad de Dios 19, 7).

Si nos situamos en lo cósmico no corremos distinta suerte, como muy bien nos lo manifiesta el mismo Agustín: "Mucha deberá ser la misericordia de Dios para evitar que donde uno creía tener como amigos a los ángeles santos tenga, en realidad, a perversos demonios disfrazados de amigos, y tenga que aguantar a unos enemigos tanto más dañinos cuanto más astutos y tramposos" (La ciudad de Dios 19, 9).

Con todo esto parece que es imposible conseguir el sumo bien sin la violencia y la discordia. Es más, parece que el destino que per-

seguimos es la insensibilidad ante los grandes problemas, al menos se nos presenta esto como uno de los grandes peligros: "¡Cuidado no nos acontezca esa ignorancia rayana en la demencia, no infrecuente, por cierto, en esta nuestra mísera condición, que llega a tomar un enemigo por amigo y viceversa! ¿Qué consuelo nos queda en una sociedad humana como ésta, plagada de errores y de penalidades, sino la lealtad no fingida y el mutuo afecto de los buenos y auténticos amigos? Pero cuantos más tengamos repartidos por doquier, tanto más se agranda nuestro temor de que les suceda alguno de tantos males como se amontonan por este mundo. No nos causa preocupación solamente el que puedan ser víctimas del hambre, la guerra, la enfermedad o la cautividad, y de que puestos en esta servidumbre tengan que sufrir males que ni somos capaces de imaginar. Lo que nos preocupa con una amargura infinitamente mayor es que puedan caer en la infidelidad, la malicia o la perversión" (La ciudad de Dios 19, 8).

Los mismos pasos podemos seguir en cuanto a los comportamientos sociales, en la dimensión familiar, que es el lugar primero donde nos ejercitamos en el mandar y obedecer. Aquí verdaderamente viene en nuestra ayuda la fe cristiana que nos libera de todo autoritarismo al mandar y de todo servilismo al obedecer: "De aquí nace también la paz del hogar, es decir, la armonía ordenada en el mandar y en el obedecer de los que conviven juntos. En efecto, mandan aquellos que se preocupan; por ejemplo, el marido a la mujer, los padres a sus hijos, los dueños a sus criados. Y obedecen los que son objeto de esa preocupación; por ejemplo, las mujeres a sus maridos, los hijos a sus padres, los criados a sus amos. Pero en casa del justo, cuya vida es según la fe, y que todavía es lejano peregrino hacia aquella ciudad celeste, hasta los que mandan están al servicio de quienes, según las apariencias, son mandados. Y no les mandan por afán de dominio, sino por su obligación de mirar por ellos; no por orgullo de sobresalir, sino por un servicio lleno de bondad" (La ciudad de Dios 19, 14). Esta concordia, que no es solo conformidad con la ley o con el pacto logrado en una buena negociación, sino que está implicando a toda la persona, va más allí de lo debido, de hecho, el concepto griego de paz tiene un sentido originario emanado del dialogo y el consenso [3].

[3] Cfr. Álvarez Turienzo, S., Hacia la determinación de la idea agustiniana de paz, en Revista de estudios políticos, 112, 1960, pp. 49-90, p.74.

La paz siempre será un compromiso y una responsabilidad y la concordia es como se llama esta forma de paz social. Para Agustín la concordia es un principio de coherencia moral: "que sean concordes manos y lengua: esta aclame, y las manos se pongan a obrar" (Comentario al salmo 46, 3). Ciertamente tiene que haber ordenada proporción de las partes para que podamos hablar de concordia, de esto depende la paz corporal, del alma irracional y racional y del hombre entero en a ordenada obediencia a Dios: "La paz del cuerpo es el orden armonioso de sus partes. La paz del alma irracional es la ordenada quietud de sus apetencias. La paz del alma racional es el acuerdo ordenado entre pensamiento y acción. La paz entre el alma y el cuerpo es el orden de la vida y la salud en el ser viviente. La paz del hombre mortal con Dios es la obediencia bien ordenada según la fe bajo la ley eterna. La paz entre los hombres es la concordia bien ordenada. La paz doméstica es la concordia bien ordenada en el mandar y en el obedecer de los que conviven juntos. La paz de una ciudad es la concordia bien ordenada en el gobierno y en la obediencia de sus ciudadanos. La paz de la ciudad celeste es la sociedad perfectamente ordenada y perfectamente armoniosa en el gozar de Dios y en el mutuo gozo en Dios. La paz de todas las cosas es la tranquilidad del orden. Y el orden es la distribución de los seres iguales y diversos, asignándole a cada uno su lugar" (La ciudad de Dios 19, 13, 1).

Esta concordia es también recomendada en el ámbito eclesial para distanciarnos de la discordia con los hermanos en la comunidad: "Por favor, ¿qué tenemos que ver nosotros con las antiguas disensiones? Concedamos que han durado hasta hoy las heridas que la animosidad de ciertos hombres orgullosos infligió a nuestros miembros, y que por la gangrena de esas heridas hemos perdido la sensibilidad y el dolor, que suele obligar a recurrir al médico. Ya ves cuán grande y miserable fealdad deshonra las casas y familias cristianas" (Epístola 33, 5). La discordia en las cosas divinas, aunque esté acompañada de la concordia en las cosas terrenas, siempre debemos rechazarla: "Se huye de la unidad para que los vecinos, ciudadanos, amigos, huéspedes y cuantos se ven allegados por la convivencia humana, todos ellos cristianos, estén de acuerdo para organizar festines, dar y recibir sus hijos en matrimonio, comprar y vender, estipular pactos y contratos, en el saludo, en el acuerdo, en la conversación y en todos sus asuntos

y negocios, y entretanto no estén de acuerdo en el altar de Dios. Por lo menos en el altar deberían deponer la discordia que en cualquiera parte y tiempo hayan concebido; en conformidad con el precepto del Señor, deberían ir primero a reconciliarse con sus hermanos y entonces volver a ofrecer el don del altar. Pues ahora justamente disienten en el altar los que en todas partes están de acuerdo" (Epístola 108, 17).

4. Algunas pistas a recorrer

La concordia es una conquista nada fácil porque estamos demasiado acostumbrados a litigar por lo mundano, por la tierra: "La primera lectura de la palabra divina, tomada del libro denominado «Eclesiástico», nos ha recomendado tres cosas excelentes y dignas de la más alta consideración: la concordia entre los hermanos, el amor al prójimo y el entendimiento mutuo entre varón y mujer. Se trata de cosas ciertamente buenas, gozosas y merecedoras de alabanza aun en el aspecto humano, pero mucho más vigorosas aún desde la perspectiva divina. ¿Quién hay que no halle gozo en la concordia entre los hermanos? Y, cosa digna de lamentar, eso tan grande es muy raro entre los hombres; se trata de algo que todos alaban y muy pocos custodian. Dichosos quienes abrazan en sí mismos lo que se ven obligados a alabar aun en los otros. No hay hermano que no alabe el que los hermanos vayan de acuerdo. ¿Y a qué se debe el que sea tan difícil la concordia entre ellos? A que litigan sobre asuntos terrenos, a que quieren ser tierra" (Sermón 359, 1).

La concordia nace de la sintonía recíproca de los corazones, que se unen y se hacen un solo corazón: "y, cuando a los justos dan la paz de no perseguirlos, no puede haber paz auténtica donde no hay concordia auténtica, porque están desunidos los corazones. En efecto, como se llama consorte a quien une su suerte, así ha de llamarse concorde quien une los corazones. Nosotros, pues, *carísimos*, a quienes Cristo deja *paz* y nos da su *paz* no como *el mundo,* sino como ese *mediante* el que *el mundo se hizo*, para ser concordes unamos recíprocamente los corazones y tengamos arriba un único *corazón*, para que no se corrompa en la tierra" (Comentario a Juan 77, 5). El acuerdo sinfónico, si así podemos hablar, cuando los corazones laten al unísono, es que consi-

gue la concordia: "¿A quién no deleita esta sinfonía santa, es decir, el ir de acuerdo las voces, no cada una por su lado, sin nada inadecuado o fuera de tono que pueda ofender el oído de un entendido? También el coro se encuadra en el ámbito de la concordia: lo que agrada en el coro es que muchos emitan una sola voz; una voz armónica, cuya unidad es resultado de muchas otras, sin que ninguna disuene emitiendo un sonido que no se ajuste a los demás" (Sermón 112 A, 9).

Además, la concordia es imprescindible en la comunidad eclesial: "¡cuántos mandamientos de concordia, mandamientos no inventados por averiguaciones humanas, sino escritos con autoridad divina, se leen en las iglesias de Cristo! ¿Quién es tan sordo que lo ignore, aunque sea muy extraño a esta religión? A esto se refieren los preceptos que esos calumniadores quieren criticar en lugar de aprender... Ello se realiza rectamente cuando se ve que ha de aprovechar a aquel por quien se hace, para lograr su corrección y concordia. Con esa intención se ha de hacer, aunque el éxito no corresponda a la esperanza y el injuriador se niegue a corregirse y apaciguarse; porque por él se ha utilizado esta medicina, es decir, para corregirle y aplacarle, para curarle y sanarle" (Epístola 138, 2, 11).

Agustín desecha fundamentalmente la disensión, la separación y lucha denodadamente por restablecer la comunión a todos los niveles, prueba de ello son las controversias mantenidas con cismáticos y herejes, particularmente con los donatistas, porque los que atentan contra la unidad, piensa Agustín, odian la paz. Los que dividen, los que consideran a los otros como propio patrimonio, no son de fiar: "¿De qué te sirve creer en Él, si le llenas de afrentas? Le adoras en su cabeza, le injurias en su cuerpo. Él ama a su cuerpo. Si tú te has separado del cuerpo, la Cabeza no se separa del suyo… Di a la cabeza: «Quise besarte, quise abrazarte». Pero ¿no ves, ¡oh necio!, que eso que quieres abrazar llega, en virtud de cierta estructura unitaria, hasta esa parte que pisoteas? Me honras en la parte superior, me pisoteas en la inferior. Es mayor el dolor que me produce tu pisotón que el gozo que me ocasiona la honra que me tributas, puesto que esa parte que honras sufre por aquella que pisoteas" (Comentario a la Carta de Juan 10, 8).

Sabemos que la paz a la que nos invita Agustín es orden y sosiego universales y que se verifica entre los humanos como concordia. De

hecho, Agustín afirma que la paz de los hombres es concordia ordenada, ya que el concepto de paz es más amplio que el de concordia. Podríamos decir que la concordia culmina sola la paz del hombre, el aspecto público de la paz, mientras que está también el aspecto privado, el orden de las funciones en uno mismo y la paz se opone al desorden: "La paz en Agustín es universal. Se resuelve en el orden, y su jurisdicción se extiende desde lo ínfimo hasta lo supremo" [4]. Esto lo confirma Agustín cuando dice: "El Dios supremo y verdadero… que se preocupó de no dejar abandonados no ya al cielo y a la tierra, o únicamente a los ángeles y hombres, sino ni siquiera las vísceras de la más insignificante y despreciable alimaña, o una simple pluma de ave, ni a una florecilla del campo, ni una hoja de árbol, sin que tuviera una proporción armoniosa en sus partes, y una paz en cierto modo: es totalmente inconcebible que este Dios hubiera pretendido dejar a los reinos humanos, a sus períodos de dominación y de sometimiento fuera de las leyes de su providencia" (La ciudad de Dios 5, 11).

En la Ciudad de Dios Agustín nos presenta una aplicación doméstica, civil y social de la concordia, que es la más útil a la ciudad, ya que es una especie de salud para todos, de hecho, hablando de Roma, dice: "La Historia es testigo de los intereses que este pueblo tuvo en sus primeros tiempos y cuáles en etapas posteriores; de la conducta que le arrastró a rebeliones cruentas, y de aquí a las guerras sociales y civiles, rompiendo y corrompiendo esta concordia, que es –digámoslo así– la salud de un pueblo" (La ciudad de Dios 19, 24). ¿Por qué es la salud? Porque es capaz de generar la paz, aunque sea a un nivel distinto de la paz celeste, que es la sociedad con máxima concordia para disfrutar recíprocamente de Dios.

SANTIAGO SIERRA RUBIO, OSA

[4] ÁLVAREZ, S., Hacia la determinación , *a. c.*, p. 72.